

## Iglesia diocesana

# Laurita Busca Otaegui, camino de los altares

**CARLOS ORTIZ DE LANDÁZURI  
BUSCA**

Siempre es una gran alegría para un hijo poder hablar sobre los recuerdos que le ha dejado su madre, pero mucho más si coincide con el inicio de un proceso canónico sobre su vida y virtudes, con vistas a su beatificación. Ayer, día 14, se inició la primera sesión en la catedral de Pamplona.

Posiblemente Laurita —con este nombre era conocida por quienes la trataron— fuera la primera sorprendida del sesgo que han ido tomando los acontecimientos tras su fallecimiento el 11 de octubre de 2000, cuando surgió el comentario unánime entre quienes conocieron a mis padres: si Eduardo Ortiz de Landázuri ha merecido que se le inicie un proceso canónico de vida y virtudes, Laurita se lo merece por partida doble. En efecto, Laurita, mi madre, contagió a mi padre, Eduardo, la pasión por la familia, ya desde su época de novios, cuando delante de la Virgen de la Antigua, en Zumárraga, se comprometieron en noviazgo.

Poco antes, tanto Laurita como Eduardo, habían pasado una larga crisis religiosa durante sus respectivos estudios de Farmacia y Medicina en la Universidad



Eduardo Ortiz de Landázuri y su esposa Laurita Busca Otaegui.

Central de Madrid, crisis que afortunadamente resolvieron positivamente. A partir de entonces, el rumbo ya no se torció. Se casaron, conocieron el Opus Dei siendo ya Eduardo catedrático de la Universidad de Granada, presenciaron atónitos la vida de su hermana Guadalupe Ortiz de Landázuri en los comienzos de la Obra en México, y finalmente decidieron venir a Pamplona en 1958, en los inicios de lo que en-

tonces era el Estudio General de Navarra.

Lo que en principio era una aventura muy arriesgada, en un espacio de muy pocos años supuso el comienzo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, de la Escuela de Enfermería, de la Escuela Postdoctoral de Medicina y de la Clínica de la Universidad de Navarra. Fue también en Pamplona, en 1960, donde conocieron a san Josema-

ría Escrivá, y le oyeron decir: "No habéis venido a hacer una universidad, sino a ser santos haciendo una Universidad". Todo muy rápido, pero llevado a cabo con un gran espíritu de sacrificio, sobre todo por parte de Laurita.

Como ya he dicho, el gran secreto de Eduardo era Laurita, y a su vez la gran pasión que absorbía toda su vida. Podría no parecerlo, por la actividad tan ingente que desarrollaba mi padre, aten-

diendo a la Clínica, pero la realidad para sus hijos era muy distinta. Sin que supiéramos cómo, mi padre era capaz de multiplicarse, asumiendo sucesivamente el papel de padre de familia madrugador que lleva a sus hijos al colegio, después de ir a misa, a la vez que cumplía puntualmente con sus obligaciones profesionales médicas, como si fuera lo único que tenía que hacer en el mundo.

Pero Laurita, nuestra madre, también era igual, y también se multiplicaba si era necesario, a pesar de padecer una enfermedad muy severa que le impedía realizar determinados movimientos. Después, los dos juntos, multiplicaron sus posibilidades de acción y de santificación. Ambos lo sabían y aceptaron el papel que a cada uno le había correspondido. Eduardo sabía que a Laurita le había tocado el papel quizá menos vistoso, y por eso, aunque Laurita no se lo ponía fácil, en cuanto tenía ocasión se lo agradecía. Un día, Inés Artajo me preguntó si mi padre nos había dejado a sus hijos algún tipo de decálogo o similar para andar por la vida. Le contesté que no, o mejor dicho, que nos dejaron su propia vida, de la que sin duda todos podemos seguir aprendiendo.